

CARTA 19 Sobre las maneras de aprovechar la “energía punto cero” del conocimiento

Iván Illich escribió contra la escuela, pues pensaba que ésta jamás podría satisfacer las necesidades de América Latina. En lo que afirmo hay una cierta inspiración illichiana. Existe demasiada información disponible para limitarse a la escuela.

Se llama “energía punto cero” aquella que se encuentra dispersa en el universo como consecuencia del big-bang, energía que todavía no sabemos como captar para aprovecharla. Igualmente, existe en el mundo una “energía punto cero de conocimiento”: inmensa cantidad de información, la gran mayoría disponible en Internet, como en congresos, encuentros, publicaciones, conferencias, jornadas, y un vasto “etc.”, que la educación formal no está siendo capaz de aprovechar. Se duplican conocimientos, se desaprovechan espacios existentes y cosas ya hechas, se desconocen múltiples instancias, no se dedican recursos a cartografiar, seleccionar y discriminar dentro de ese inmenso mundo aquello que podría ser aprovechado, bajando los costos de todos los programas de formación, que gastan en hacer una parte de lo que ya está hecho. Incluso hay personas brillantes que han descubierto por segunda vez lo que ya se sabía y otras menos brillantes que miles y miles de veces han redescubierto América en los mapas.

La consigna aquí es: capitalizar todo lo posible esa energía punto cero para el desarrollo de nuestras fuerzas productivas intelectuales. Para las regiones pobres, con poco desarrollo del conocimiento y escasas en figuras que estén haciendo investigación de punta es particularmente importante captar, asimilar y navegar con los vientos de dicho conocimiento, que además tenemos el beneficio de recibirlo de modo relativamente gratuito. Pero sería ingenuo creer que podemos asimilarlo, así simplemente, sin poner nada de nuestra parte.

Para captar la “energía punto cero del conocimiento” deben tenerse en cuenta los siguientes factores:

1-Determinar los lugares en que se encuentra más concentrada o, dicho de otra manera, discriminar o jerarquizar la calidad del conocimiento en cada espacio.

2-Establecer sistemas de equivalencia con los programas de formación normales. Es decir un equipo de profesores que esté permanentemente evaluando las posibilidades de equivalencia, según cantidad de horas, calidad, etc., traduciéndola en creditaje.

3-Manejar la flexibilidad para no amarrarse a un reglamentarismo estrecho y, junto con la flexibilidad, los criterios de calidad para evitar el facilismo, que es aquí la tentación permanente. Es imaginable universidades u otras instituciones que quisieran evitarse los profesores, las bibliotecas y las instalaciones, creando solamente un equipo de convalidación que haría currículos únicamente con energía punto cero. Incluso algunos países europeos se tentarían por instalar sedes de sus universidades en América Latina, tierra de incautos, para vender títulos a partir sólo de convalidaciones de energía punto cero. No debo mencionar cual sería el país pionero en tal práctica. Creo que quienes lean esto se darán cuenta fácilmente.

4-Potenciar el que sean los propios estudiantes quienes sugieran los lugares y las equivalencias. Es decir, otorgar un papel activo a los propios estudiantes en su proceso educativo, de modo que vayan buscando su destino y su perfil intelectual.

5-Asignar un “cupó” máximo para las convalidaciones de esta “energía” en los currículos.

6-Crear un sistema de guía o acompañamiento que permita a los estudiantes procesar, utilizar, asimilar esta “energía”, pues muchas veces existe de manera nada sistemática. En este caso, puede ser interesante algún tipo de seminario donde los estudiantes deban ir presentando y discutiendo con profesores aquello que han captado de esa energía en cada instancia, para facilitarles el proceso de asimilación como de selección de futuras instancias.

Sin embargo, la utilización de un saber envasado, dosificado, simplificado, parcelado, etc., con todo lo práctico y lo fácil de asimilar no carece de peligros. Su utilización debe ser, por tanto, compensada con los antídotos imprescindibles.

Probablemente el mayor peligro es el de inhibir la capacidad inventiva, ya inhibida históricamente entre nosotros. De hecho la intelectualidad periférica aparece o “despierta al mundo”, por así decirlo, asumiendo en importante medida las soluciones, e incluso los problemas y las preguntas, que se han formulado las intelectualidades del centro. Éstas llevan demasiadas ventajas y a las periféricas les suena casi absurdo imaginar la posibilidad de superarlas. En ello hay buena dosis de sensatez. Pero tal sensatez en el corto plazo, termina por hacerse un vicio en el largo: inhibe la inventiva, en la medida que acostumbra a pensar en el marco de un horizonte prefijado. Ello opera en distintos niveles: desde la manera de concebir los grandes desafíos de la humanidad como evitar el calentamiento global, pasando por las medidas para resolver el desempleo hasta las normas del tránsito vehicular. De este modo, las intelectualidades periféricas tienden a conformarse con escoger entre las opciones predispuestas.

Es así, entre otras razones, importante (muy importante) fomentar en las periferias el espíritu de investigación, pues obliga a pensar, a imaginar, a aventurarse, a inventar y a resolver problemas sutiles.

Por ello, es igualmente importante apostar a promover investigaciones de punta en algunos ámbitos, para obligarse a la exploración de territorios que no han sido previamente cartografiados por las intelectualidades del centro y para los cuales hay que trazar mapas o inventar soluciones para asuntos que no han sido pensados por otra gente. Es imprescindible el cultivo de la imaginación.